

NO DEBI MIRAR

Nunca hizo falta que lo comentáramos, sabíamos del respeto mutuo, era obvio. Pero cuando aquella noche fui a encender el ordenador, me di cuenta que ya estaba encendido y el correo de Pilar abierto. Me había dicho que se iba de cena con unas amigas del trabajo pero qué raro que se dejase el ordenador encendido. Ay, es que la edad no perdona a nadie.

Quise cerrárselo y abrir el mío para revisarlo, y así lo hubiera hecho si mi mirada no se hubiera fijado sin querer en 2 palabras que aparecían en el asunto del mensaje: “amor mío”. Esas dos palabras me revolviéron el estómago y más cuando el remitente era un tal Richard.

Una profunda tensión se originó en mi cabeza, en mi lógica, en los pilares que sostenían mi forma de ser, mi educación. ¿Debía leer ese presunto mail adúltero u olvidarme de él? Durante unos instantes dudé, no estaba bien leer el correo de ella pero... este es un caso justificable. Además seguro que no lograría olvidarme del tema así como así.

Agarré el ratón decidido a pinchar el mail para poder leerlo, pero una idea me vino a la mente como si fuera una daga afilada, punzante y dolorosamente sangrante: “¿estoy preparando para leer lo que creo que va a poner?”. Pero no tenía otra opción, ya había arrancado la máquina de la curiosidad y no había posibilidad de volver atrás. Así que me senté en la silla, puse el cinturón de seguridad a mi corazón que iba a 200 pulsaciones, y clické aquel maldito mail.

“Amor mío, nos vemos esta noche a las 9 donde otras veces, en el bar del hotel Nervión, y no te olvides de traer lo que tú ya sabes. Tu Richard”

Aquello superó mis peores temores. Así que ya habían tenido otras citas anteriormente y encima quedan directamente en un hotel. Además ese tono de complicidad de “no te olvides de traer lo que tú ya sabes” me clavó un poquito más todavía aquella daga en el corazón. Ella había comprado lencería nueva el otro día. Yo la dije que me gustaría vérsela puesta pero ella insistió que para una ocasión especial, y ahora... ahora debe ser la ocasión especial.

No me lo podía creer, tantos años juntos, compartiendo todo y resulta que ahora ella era una extraña para mí. ¿Cuántas veces me había engañado? ¿había habido otros Richards antes? Mi cabeza me daba vueltas mientras un incontenible deseo de vomitar llenaba todo mi cuerpo. Desgraciadamente no logré llegar al baño antes de la primera arcada y vomité en el suelo del pasillo. Me daba igual, dejé todo sucio, me vestí y salí lo más rápido que pude, tenía que llegar al hotel antes de que ella se fuera. Necesitaba una explicación.

Como había mucho tráfico, decidí coger la moto. No sé a la velocidad que fui, no sé cuántos semáforos en rojo me salté, pero lo que sí recuerdo es aquel camión pitando y haciéndome señales con los focos justo antes de colisionar conmigo y lanzarme 10 metros volando por encima de los coches aparcados. Me dolía todo, el cuerpo, el alma... y quizás me hubiera quedado allí tendido si no hubiera sido porque al abrir los ojos vi el cartel “Hotel Nervión” justamente delante de mí. Me arrastré como pude hasta la cristalera, mis huesos rotos se clavaban en mi carne produciéndome horribles dolores. Pero logré incorporarme y verla. Allí estaba Pilar, riéndose, feliz, con sus compañeras de trabajo y aquel tipo Richard, el gay de la oficina. Y en la bolsa que llevaba, el regalo de la compañera que hacía los años, “lo que tú ya sabes”.

Me dejé caer en la acera, cerré los ojos, escuché el sonido de la ambulancia que llegaba mientras me repetía una y otra vez... “no debí mirar”.